



Capítulo 354 - La boca de Yuna

El viento aullaba, trayendo consigo el olor metálico de la sangre y el ozono del valle, pero Yuna solo podía oler el abrumador aroma almizclado del depredador que se cernía sobre ella.

En un momento estaban en el calor sofocante de la tienda de mando. Al siguiente, el mundo se había expandido hasta convertirse en un horizonte infinito de cielo gris y rocas irregulares.

Tianlong estaba de pie al borde del acantilado, con su túnica negra azotándole violentamente las piernas.

Sostenía a Yuna contra su costado con un brazo, con un agarre firme y seguro, mientras ella parpadeaba, con el cerebro luchando por asimilar el repentino cambio en la realidad.

Miró hacia abajo.

Muy por debajo, el campo de batalla era un caos.

—P-Profesor...

La comprensión la golpeó como un golpe físico. Acababan de marcharse. Él acababa de secuestrarla... ¿no, salvarla? ¿Llevársela? Justo delante de las narices de su madre.

Las piernas le fallaron.



Se desplomó, pero él no la dejó caer del todo, bajándola hasta que sus rodillas tocaron el suelo rocoso.

Su cuerpo temblaba, no por el viento frío, sino por el calor residual que aún recorría sus venas. El aire frío le mordía la piel expuesta donde el látex estaba rasgado, haciendo que sus pezones se endurecieran dolorosamente contra la tela, dos picos desesperados que pedían fricción.

Tianlong no la miró. Sus ojos dorados estaban fijos en la guerra que se libraba abajo, con una expresión indescifrable, irradiando la calma que precede a una masacre.

—Entonces —dijo, con una voz que atravesaba el viento sin esfuerzo—. —Lo viste todo dentro de la mariposa, ¿verdad?



Yuna se estremeció. El recuerdo de lo que había visto —a él con el profesor Xiang, con la mujer zorro, con el elfo— pasó como un flash por sus ojos. El puro libertinaje. La cría cruda y sin filtros.

—Yo... —Tragó saliva con dificultad, sintiéndose pequeña—. Lo vi... todo.

—¿Y? —Finalmente la miró—. ¿Aún quieres que «haga algo»?

—S-sí... —La palabra fue apenas un susurro.

Él sonrió, un lento y peligroso rizo de sus labios que prometía la ruina. Se sentó en una protuberancia plana de roca, extendiendo las piernas con indiferencia, la tela de sus pantalones tensándose contra el creciente bulto debajo. —Ven aquí.



Yuna no dudó. No podía. Su cuerpo se movió por sí solo, cayendo a cuatro patas. Se arrastró hacia él por la piedra rugosa, en una posición que hacía que sus pechos se balancearan pesadamente dentro de su traje y su trasero se elevara en el aire. Se sentía como un animal. Una mascota.

Y le encantaba.

Llegó entre sus piernas y lo miró con los ojos grandes y llorosos, color rubí. Estaba hecha un desastre: el pelo enredado, la cara sonrojada, los labios hinchados por sus besos.

Tianlong extendió la mano. Su pulgar rozó la punta de su pecho izquierdo, su «portador» de leche y lujuria, presionando con fuerza el sensible pezón a través del material negro.

—¡Hnngh! —Yuna ahogó un gemido, arqueando la espalda instintivamente. Era demasiado sensible. Estaba demasiado preparada.

Pero su mano no se quedó allí. Se deslizó por su costado, moviéndose con peso posesivo hasta llegar a su cadera. Sus dedos se engancharon en el desgarro de su traje de látex.

¡RIIIIP!

El sonido fue fuerte en el aire silencioso. Él rasgó más la tela, exponiendo más de su pálida y sonrojada piel al viento.

—Dime —murmuró, con los dedos bailando peligrosamente cerca de su calor empapado. —¿Te masturbabas en esa prisión, Yuna?



—Yo... yo... —tartamudeó ella, agarrándole por el cuello y levantándose desesperadamente. ¡No pude evitarlo! Tú... tú hacías esas cosas y yo...

No terminó la frase. En lugar de eso, se sentó a horcajadas sobre su regazo, abriendo las piernas a ambos lados de su cintura. La sensación de sus muslos firmes bajo su entrepierna desnuda y húmeda la hizo estremecerse. Lo abrazó con fuerza, hundiendo la cara en el hueco de su cuello y lamiendo la piel salada de ese lugar.

—Por favor, profesor... —gimió, frotando sus caderas contra él, buscando la fricción de su dureza a través de la ropa—. Por favor...

Tianlong se quedó quieto, dejando que su frenético afecto lo inundara. «Sabes que mi vida es un desastre, Yuna».

«No me importa», murmuró ella contra su piel, mientras sus manos jugueteaban con el cinturón de su bata. «No me importa nada».

«Debes de haber oído», continuó él, con voz tranquila en medio de la tormenta de ella. «Cómo puedo aumentar los niveles de poder de una mujer a través de... ciertos métodos».

Yuna asintió enérgicamente, besándole la mandíbula, la barbilla, desesperada por volver a besar su boca. «Sí. Sí, lo sé. Hazme fuerte a mí también. Por favor».

—Tendré muchas esposas —le advirtió él, colocando su mano en la nuca de ella y enredándola en su cabello rojo—. Puede que algún día me olvide de ti.



—¡Pues olvídate de mí! —Ella se apartó, con los ojos enloquecidos por la lujuria. Le abrió la bata de un tirón, dejando al descubierto su pecho y sus abdominales duros y esculpidos—. ¡Solo... solo tómame ahora!

Se inclinó hacia delante, presionando sus pequeños pechos contra el musculoso pecho de él, y el contacto piel con piel le provocó una descarga eléctrica. Era repugnanteamente adicta a su olor, a su calor.

La mano de Tianlong bajó por su espalda encorvada, sobre la curva de su columna vertebral, hasta que sus dedos se clavaron con firmeza en su nalga, justo al lado de su coño húmedo.

—Yuna —le ordenó suavemente. —Túmbate en la hierba.

Ella se quedó paralizada. Sus caderas dejaron de moverse. Parpadeó y se echó hacia atrás para mirarle a la cara, confundida pero obediente.

Lentamente, se bajó de su regazo. Se dio la vuelta y se tumbó en el trozo de hierba de la montaña cerca del borde del acantilado. Las briznas estaban frescas contra su piel caliente. Ella le miró, jadeando, y levantó los brazos para invitarle a bajar.

Tianlong se colocó sobre ella. Se puso de rodillas, elevándose sobre su cabeza como un monolito. La túnica se deslizó completamente de sus hombros, acumulándose alrededor de su cintura antes de que se desabrochara los pantalones.

Saltó libre.



El dragón. El monstruo de veintitrés centímetros que había visto en la visión. Se balanceó, pesado y denso, proyectando una sombra larga y oscura sobre su rostro blanco como la leche.

Yuna contuvo el aliento. Era enorme. Veteado, palpante y aterradoramente grueso. La cabeza púrpura estaba hinchada, la hendidura rezumaba un líquido transparente.

Podía ver su propio reflejo en la brillante cabeza de su pene, su pequeña y patética forma distorsionada en la majestuosa curva de su miembro. Sus pupilas se dilataron, se abrieron como platillos, temblando mientras intentaban enfocar el enorme grosor que ocultaba el cielo.

Una sola gota espesa de líquido preseminal se acumuló en la punta. Permaneció allí durante un segundo, reflejando la luz gris, antes de caer.

Splat.



Aterrizó justo en su ojo.

Yuna no parpadeó. No podía. Su párpado se agitó cuando el líquido salado y viscoso cubrió su visión, difuminando el mundo en una neblina de lujuria. Le quemaba, pero era una quemadura sagrada.

«Maestro...», susurró, la palabra se le escapó inconscientemente, sus labios rosados se estiraron en anticipación, la saliva inundó instantáneamente su boca en una respuesta pavloviana a la carne que colgaba sobre ella. «Por favor...».

Tianlong se rió entre dientes oscuramente. «Maestro, ¿eh?».



No se tumbó encima de ella. En cambio, se giró.

Se colocó boca abajo sobre su cuerpo en una posición 69. Sus rodillas se apoyaron a ambos lados de la cabeza de ella, forzando su cara hacia la unión de sus muslos, mientras su cabeza se movía hacia abajo entre las piernas abiertas de ella.

El olor la golpeó al instante: un almizcle pesado y masculino. Era el aroma de una bestia, de sudor y feromonas tan potentes que asaltaron su nariz, silenciando su lógica y reduciendo su cerebro a estática. Era el olor de un macho listo para aparearse.

Sus testículos, pesados y colgantes, sacos del tamaño de un huevo llenos de vida potencial, rozaban el puente de su nariz. El vello áspero le hacía cosquillas en las mejillas mientras el peso de su escroto la presionaba, asfixiándola.

«Abre la boca», le ordenó, con la voz vibrando a través de sus caderas y llegando a su cara.



Ella abrió la boca de par en par, con la lengua temblando y la mandíbula desencajada como una serpiente.

Ante sus ojos, la enorme polla parecía brillar. La carne se contrajo, se condensó, reduciéndose de sus monstruosos veintitrés centímetros a unos más manejables quince, aunque el grosor seguía siendo castigadoramente grueso.

«Aún no puedo hacerte más fuerte», dijo, alineándose. «Eres una cultivadora del cuerpo. Tus centros de energía son diferentes. Para que eso suceda...».



Bajó las caderas. La cabeza de su polla empujó más allá de sus labios, llenando su boca con el sabor a almizcle, sal y poder bruto.

«... Necesito follar con una mujer cultivadora del cuerpo».

Al mismo tiempo, su cara se inclinó.

«¡Hhh-ugh! ¡G-ghhhk!». Yuna se atragantó, los ojos en blanco mientras él le penetraba la garganta, las manos volando para agarrarle los muslos, sintiendo los músculos duros como el granito flexionarse bajo sus palmas.

Tianlong no dudó. Sus manos se aferraron a los muslos enfundados en látex, separándolos brutalmente, exponiendo al aire su coño intacto y lloroso. Hundió la cara en su coño, inhalando el potente aroma de su excitación, el dulce y metálico olor de una virgen lista para ser desflorada, antes de...

Mordisqueó.

Le mordió el clítoris.

No lo pellizcó. Masticó la sensible perla, con los dientes raspando el haz de nervios.

«¡MMMPHHH!».